

MI VIDA EN LAS MONTAÑAS DEL SUR

El frío siempre fue nuestro aliado, nos sentíamos bien conviviendo con él en las gélidas tierras del norte donde el invierno era casi perpetuo, siempre fuimos los más fuertes, los mejor adaptados a estos lugares helados. Nuestros territorios eran amplios y además éramos muy abundantes. Desde los tiempos más pretéritos nuestros congéneres al igual que otras muchas especies, tuvimos que estar divagando, siempre a merced de las distintas variaciones que se producían en el clima.



Nuestro mundo siempre ha estado sometido a continuos cambios geológicos y climáticos, los continentes siempre están en continuo movimiento desplazándose de un lado para otro y provocando entre otras circunstancias continuos cambios en el clima del planeta tierra.

Durante la era terciaria se produjo un progresivo cambio en el clima del continente Europeo. Fue a principios del Mioceno, hace 25 millones de años cuando se produjo un periodo de glaciación que nos permitió avanzar hacia el sur. Los hielos llegaron a los lugares más meridionales del continente y nosotros con ellos. El abeto blanco llegó incluso al estrecho de Gibraltar.

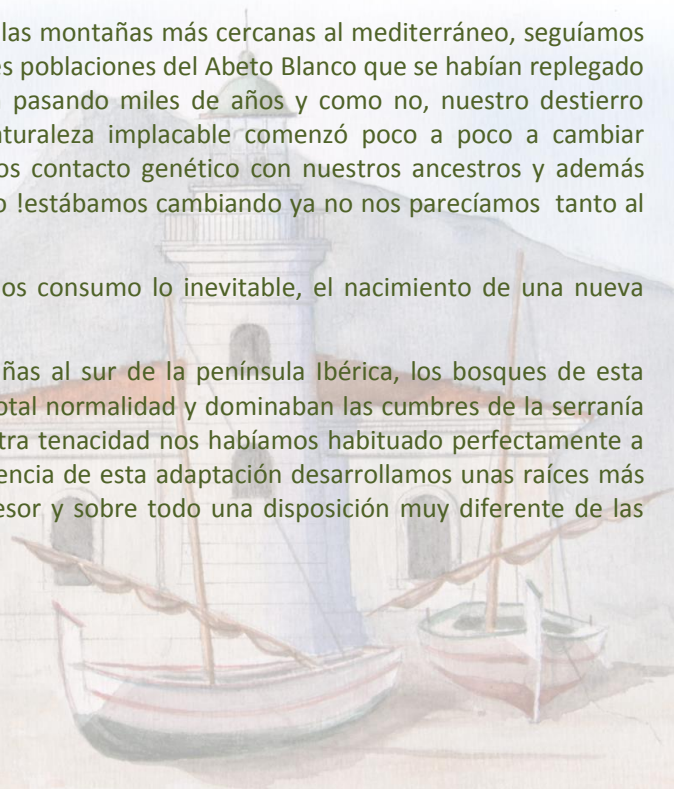
Posteriormente durante el Mioceno medio hace 9 millones de años, se produjo el cierre del estrecho y como consecuencia se conectaron ambas orillas permitiéndonos el paso para colonizar gran parte del norte de África.

Este periodo de gran expansión de nuestra especie fue precedido por diversos avatares climáticos y geológicos que nos fueron totalmente desfavorables, el mar Mediterráneo se abrió nuevamente y el clima se tornó cada vez más seco, como consecuencia del retroceso de los hielos las poblaciones de abeto blanco *Abies alba*, se fueron desplazando nuevamente hacia sus antiguos lugares de origen. Las tierras gélidas del norte. Efectivamente, la gran mayoría de los Abetos habían huido hacia el norte, pero no todos. En las montañas más elevadas del sur Europeo y norte de África quedaron atrapados muchos de ellos ya que allí en las alturas el clima les era favorable, y fue allí en las montañas donde quedaron aislados para siempre.

Como auténticos supervivientes resistíamos en las montañas más cercanas al mediterráneo, seguíamos aislados unos de otros y muy lejos de las grandes poblaciones del Abeto Blanco que se habían replegado nuevamente a sus antiguos territorios. Fueron pasando miles de años y como no, nuestro destierro comenzó a tener consecuencias, la madre naturaleza implacable comenzó poco a poco a cambiar nuestra fisonomía, era de esperar. No teníamos contacto genético con nuestros ancestros y además teníamos que adaptarnos al clima mediterráneo ¡estábamos cambiando ya no nos parecíamos tanto al Abeto blanco!

El paso del tiempo a través de millones de años consumo lo inevitable, el nacimiento de una nueva especie.

En el mediterráneo occidental, en unas montañas al sur de la península Ibérica, los bosques de esta nueva especie de Abeto se desarrollaban con total normalidad y dominaban las cumbres de la serranía de Ronda y las sierras de Cádiz. Gracias a nuestra tenacidad nos habíamos habituado perfectamente a las nuevas circunstancias climáticas. A consecuencia de esta adaptación desarrollamos unas raíces más amplias y profundas que las de nuestro antecesor y sobre todo una disposición muy diferente de las hojas (acículas), sobre el tallo.





El tiempo seguía pasando y los humanos eran cada vez más influyentes en el entorno natural, hasta el punto de poder alterar el territorio a su antojo. Diferentes civilizaciones se adentraron en nuestros bosques para extraer nuestra madera y utilizarla en diferentes usos. Desde muy antiguo los lugareños sabían de mi existencia, en la serranía de Ronda me conocían con el nombre de Pinsapo y en la sierras de Cádiz me llamaban Pino. Sin embargo llama la atención que un árbol de mis características pasara inadvertido por los ingenieros de montes del siglo XVIII al no incluirme en los documentos contables forestales de la época.

El conocimiento de nuestra existencia no transcendía más allá de las montañas que nos acogían, éramos unos desconocidos para mucha gente y sobre todo para la ciencia. Todo esto comenzaría a cambiar cuando en 1775 el naturalista e ingeniero de minas irlandés Guillermo Bowles publica en Madrid la obra "introducción a la historia y la geografía física de España". El prestigioso naturalista menciona en su libro la existencia de Abetos en las "montañas rojas" refiriéndose muy probablemente a la sierra Bermeja. Posteriormente en la primera década del

siglo XIX el afamado botánico español Simón de Rojas Clemente me reconoció en la obra inédita "flora baetica". Simón de Rojas recorrió gran parte de la serranía de Ronda pero me confundió con mi antecesor el Abeto blanco o Abeto Común. En su libro "Viaje a Andalucía. Historia natural del Reino de Granada" contiene un párrafo donde se muestra esa confusión.

El Abeto Común, llamado Pinsapo en el Reino de Granada, y también Pinabete por los artistas abunda espontáneo en la Sierra del Pinar, en la de Tolox y la de los Reales en Estepona, a la altura de unas mil novecientas hasta dos mil cuatrocientas varas sobre el nivel del mar; siendo su zona favorita la subalpina.

A pesar de estas reseñas y descripciones nuestra especie seguía sin estar clasificada oficialmente para la ciencia. Años más tarde en Ginebra (Suiza), el profesor de botánica De Candolle, convence para viajar a España a su alumno Edmou Boissier, un joven e inquieto investigador botánico. Boissier sabe que la flora de España tiene mucho por descubrir y además había oído a los viajeros románticos hablar de Andalucía, de sus gentes, sus paisajes y su cultura.

La tentación era muy grande y nuestro joven botánico no podía oponerse a tan maravilloso viaje. Boissier sabía de la existencia de un singular Abeto que vivía en unas montañas al sur de España, había leído la obra del naturalista irlandés Guillermo Bowles y era uno de sus objetivos a descubrir.

Una vez en España llega concretamente a Málaga, en esta ciudad conoce a los boticarios Haenseler y Prolongo, ellos le enseñaron muestras de sus herbarios y le hablaron al joven botánico Suizo de la existencia de una especie de "Abeto" al que los lugareños llamaban Pinsapo.

Boissier pensó que se trataba de una especie sin clasificar aún y motivado por el gran interés que le había causado este encuentro el botánico decide organizar una expedición dispuesto a descubrir esa enigmática especie que habitaba en las "montañas rojas".

Salió de Málaga el 11 de Mayo de 1837 en dirección a Estepona, vestido a la usanza del lugar y acompañado por un arriero que contrato en Vélez Málaga.

Tomé también a mi servicio a un hombre de los alrededores de Vélez llamado Antonio, verdadero ejemplar del campesino Andaluz: charlatán y agradable, cantaba coplillas a lo largo de la carretera y estaba siempre alegre, salvo cuando tenía que seguirme sobre las montañas, a las que tenía un formidable horror.

Días más tarde y tras pasar por Marbella Boissier llegó a Estepona donde permaneció hasta el mes de Septiembre. Tras varias incursiones en los reales de Sierra Bermeja al fin pudo encontrar un árbol con sus piñas.

"Nos apresuramos a trepar para cogerlas y ya no nos quedaba duda sobre el género de este árbol singular...Era ciertamente un Abies, vecino de nuestro abeto blanco"

Este hallazgo fue determinante para reconocer que efectivamente se trataba de una nueva especie de Abeto. Ese día al fin fuimos reconocidos por la ciencia como una especie única, y en adelante seríamos conocidos por la comunidad científica internacional!



El Pinsapo fue descrito para la ciencia por Edmond Boissier en 1837 en los reales de Sierra Bermeja, bautizándolo con el nombre de *Abies pinsapo*, en honor al nombre vulgar que empleaban los lugareños. Las vivencias y los fructíferos descubrimientos botánicos que Edmond hizo en nuestra tierra fueron recogidos años más tarde en la obra "*Viaje Botánico por el sur de España*".

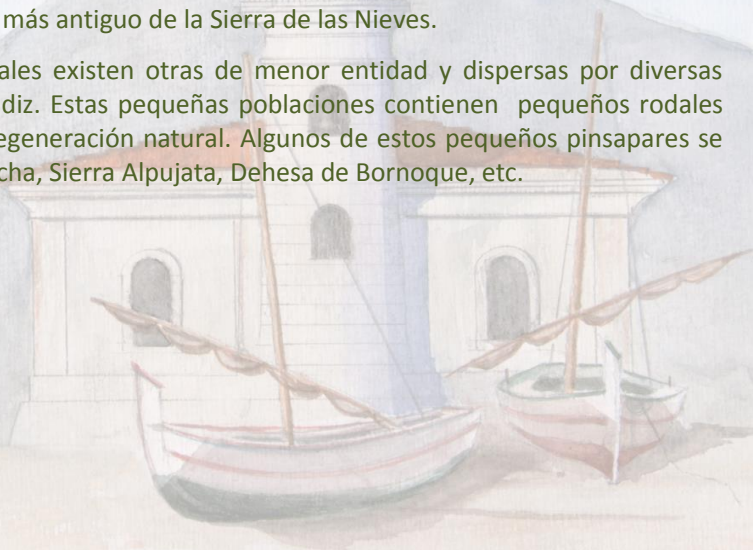
A pesar de este importante descubrimiento científico en el siglo XIX los bosques de Pinsapo se encontraban en un lamentable estado de conservación llegando incluso a temer por la extinción de los mismos. El carboneo, la extracción de madera, la sobreexplotación ganadera, los incendios y las plagas siempre han sido agentes muy negativos para nuestros bosques.

Los seres humanos se habían convertido en auténticos inquisidores de nuestros bosques, a pesar de que nuestra madera es de baja calidad, también nosotros les resultábamos imprescindibles para su subsistencia y su desarrollo en su mundo civilizado. Nuestros troncos fueron utilizados para diversos fines, muchos de nosotros fuimos transformados en distintos elementos para los navíos de su majestad durante los siglos XVIII y XIX. Nuestra madera era también utilizada para vigas que se utilizaban en las casas e incluso se emplearon en la construcción de la plaza de toros de Ronda. La madera de Pinsapo también se dedicaba para traviesas de vías férreas y para la fabricación de andamios, gracias a ellos pudo ser posible la edificación de la Catedral de Málaga y el tajo de Ronda.

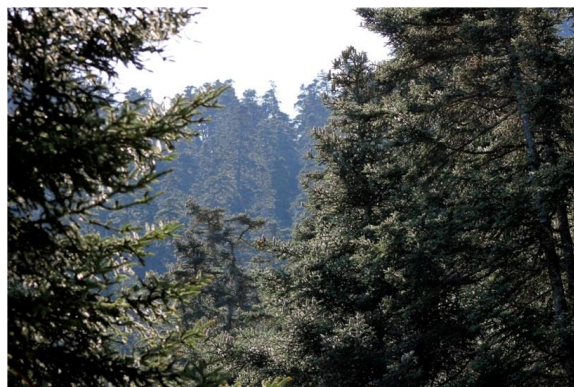
En la actualidad la mayoría de los pinsapares se encuentran localizados en tres núcleos poblacionales principales. Sierra Bermeja, Sierra de las Nieves y el macizo de Grazalema.

En estos conjuntos montañosos se registran altos índices de precipitación anuales. Para el buen desarrollo de nuestros bosques es necesario que estas cantidades de lluvia superen los 2.000 mm. Otra particularidad que tenemos los Pinsapos es que podemos lograr alcanzar los 30 metros de altura además de ser una especie muy longeva pudiendo llegar a los 400 o 500 años de vida. Un ejemplo vivo es el Pinsapo de la "Escalereta", situado en el Parque Natural de la Sierra de las Nieves. Se trata de un ejemplar de Pinsapo de grandes dimensiones declarado monumento natural por la Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Andalucía. A este maravilloso árbol se le calcula una edad de entre 350 a 550 años y está considerado como el ser vivo más antiguo de la Sierra de las Nieves.

Además de las tres poblaciones principales existen otras de menor entidad y dispersas por diversas sierras de las provincias de Málaga y Cádiz. Estas pequeñas poblaciones contienen pequeños rodales que se encuentran en buen estado de regeneración natural. Algunos de estos pequeños pinsapares se encuentran en Sierra Blanca, Sierra Canucha, Sierra Alpujata, Dehesa de Bornoque, etc.



En la actualidad nuestros bosques afortunadamente se encuentran en proceso de recuperación y expansión, nos estamos reafirmando en nuestros territorios y estamos ocupando antiguos enclaves montañosos gracias a repoblaciones efectuadas por los seres humanos. Los Pinsapos somos reliquias del pasado, auténticos supervivientes que han sufrido las cambiantes condiciones climáticas y el acoso humano, mi destino está en sus manos, dependo de su comprensión o su indiferencia. Espero que estos comprendan que su futuro y el resto de los seres vivos esta inevitablemente en la conservación de nuestro planeta, solo así podremos seguir hacia delante y nuestros bosques seguirán dando vida a las montañas del sur.



*A mis amigos donostiarros Juan y
Rosmari, grandes apasionados de
estas montañas.*

Antonio Figueredo Navarrete

Secretario y socio fundador de la Asociación Marbella Activa

Blog personal <http://marbellaalnatural.blogspot.com.es/>

Miembro de la Sociedad Española de Ornitología (SEO)

